Certezas y especulaciones

La certeza causa más desasosiego que la duda, esto es, todavía en la encrucijada tenemos la posibilidad de hacer que nuestra volutad establezca el itinerario mientras que en la localización definitiva, cuando asistimos al final de partida, no tenemos escapatoria. Sin embargo, incluso en el último rincón cabe *imaginar algo diferente:* la mentira es una ficción necesaria. Agustín de Llanos me indica, rápidamente, que él está haciendo siempre lo mismo, dedicado a mentir por medio de sus obras con una pasión obsesiva, impulsado por la urgencia de *repetir un espacio* real en una estética que supone la hibridación de la pintura con la escultura. Pinta con sombra o con aire, es decir, con las maticaziones del negro o bien con el vacío, estableciendo los contrastes del brillo o de una materia que sencillamente le fascina. Esas piezas en las que encuentro un extraño lujo de lo elemental *recrear el estudio,* comprimen, evitando cualquier grandilocuencia, el espacio del trabajo, allí donde la soledad está, paradójicamente, poblada de presentimientos. Este artista sabe que la *verdad* que le corresponde está *localizada* en ese ámbito que él mismo ha creado como un lugar que, en su esquematicidad, termina por dinamizar las escalas. Agustín de Llanos construye ángulos, esquinas en las que *no hay nada* o, en términos de Lyotard, una sublimidad que supone que ocurre algo *ahora* y no más bien la nada como ausencia angustiosa. En ese espacio de confluencia, en el rincón, la mirada consuma el detalle como goce del todo: las obras requieren de una *serenidad contemplativa.* A veces aparecen espejos, ampliando la *reflexividad* de estos planteamientos que podrían incluirse dentro de las *estéticas de la retracción* tan decisivas como trinchera frente a los planteamientos anecdóticos o el despliegue obsolescente de las consignas. Sabemos que lo especular está en el estadio de constitución del *yo,* en esa constitución de la *imago* que supone la separación con respecto a una exterioridad que es concebida, literalmente, como un terreno pantanoso. Pero también en la lógica del reflejo aparece la *psicastenia legendaria,* el temor ante las cualidades desrealizantes del espacio, cuando éste cae, como en una pesadilla sobre nosotros, en la situación claustrofóbica o bien al sentir que el horizonte está permanentemente separándose de nosotros y creando el pánico de lo ilimitado. Lo que Agustín de Llanos presenta por medio de esa *especulación* es la *ambigüedad del lugar:* estudio y posible salón de baile, paredes que acogen el trabajo obsesivo pero también los momentos en los que el encuentro con el Otro depara el placer. La corporalidad o la dimensión representativa del sujeto es ajena a estos planteamientos, en lo que hay incluso un *momento neutro* o, mejor, una aceptación de lo azaroso y de esas *texturas* que sólo produce el tiempo; así, en algunas piezas, lo "pictórico" son los accidentes, la erosión de una tabla vieja. Luz y sombra, brillo de la superficie pulida y rugosidad de la materia encontrada, planitud pictórica y angulosidad escultórica, coexisten en la obra exigente de Agustín de Llanos. En algunas obras el volumen adquiere autonomía con respecto a la pared, como es el caso de esas extrañas mesas, más altas de lo normal, que se han adueñado de los cubiertos que fueron abandonados sobre ellas. También hay cuadros en los que este artista dialoga con la retórica del *patchwork,* como en los que emplea papel pintado, generando una situación plástica en la que, sorprendentemente, la multiplicidad lleva a una *potencia unitaria.* Tanto las obras de pequeño formato, en las que destacan sus últimas *angularidades,* esas arquitecturas que producen un espacio de seducción, como en las composiciones de escala físicamente comparable a la del estudio mismo, Agustín de Llanos renuncia a cualquier narratividad para dejar una atmósfera de enigma, obligando al que contempla a introducirse, imaginariamente, en ese rincón de la certeza. "En realidad –escribe Tanizaki en *El elogio de la sombra*–, la belleza de una habitación japonesa, producida únicamente por un juego sobre el grado de opacidad de la sombra, no necesita ningún accesorio. Al occidental que lo ve le sorprende esa desnudez y cree estar tan sólo ante unos muros grises y desprovistos de cualquier ornato, interpretación totalmente legítima desde su punto de vista, pero que demuestra que no ha captado en absoluto el enigma de la sombra". Esa luz incierta, aquel vacío que evoca la plenitud sensorial o el destello de lo mismo en el espejo, han sido aceptados por Agustín de Llanos con una determinación anímica que dice *sí,* alejándose de la amargura del nihilismo. En los ángulos de la certidumbre de este artista, por medio de esa poética cartografía de su ámbito vital, encuentro, más que el desafío del *menos es más,* la dimensión lujosa de una totalidad que es tan sólo eso: el espacio que conocemos, aquel límite que necesitamos.

Fernando Castro Flórez